

MITTERRAND: ¿SERA OTRO ALLENDE?

Los chilenos contrarios a la democracia, están de pláceme con la elección de Mitterrand como nuevo Presidente de Francia.

En el extremo marxista, el regocijo resulta ostensible. Junto con destacar la filiación socialista del nuevo gobernante francés, dicho sector enfatiza la importancia decisiva que alcanzó el disciplinado apoyo comunista para permitirle la victoria. En todo caso, y cualquiera fuere la línea que en definitiva adopte el nuevo Gobierno, sin duda, éste significará un giro de Francia hacia la izquierda, que los marxistas del mundo entero aprecian como un remanso del oleaje rechazante registrado en casi todas las últimas elecciones populares en países democráticos.

A esos elementos de juicio, los marxistas chilenos añaden la activa simpatía que Mitterrand ha demostrado hacia la llamada "resistencia" contra nuestro actual Gobierno, incluyendo su presencia personal a la cabeza de una escuálida manifestación de protesta contra la visita a París del entonces Canciller Hernán Cubillos, en septiembre de 1979, como asimismo sus múltiples vínculos con varios de los más prominentes exiliados políticos chilenos, reiterados incluso al asumir el mando.

Tienen pues razón los marxistas criollos, para sentirse contentos —o al menos explicablemente esperanzados— con la elección de François Mitterrand. ▶

Lo interesante ha sido constatar que semejante satisfacción, aunque por motivos radicalmente diferentes, subyace también en el ámbito del fascismo chileno, si bien él se expresa bajo simulaciones de lamento.

En efecto, los más destacados voceros de este sector, agrupados principalmente como columnistas de un matutino nacional, han creído encontrar en el resultado de las recientes elecciones francesas, un útil arsenal de argumentos para sembrar desconfianza respecto del avance gradual hacia una democracia plena, que consagra la nueva Constitución vigente.

Para ellos, la "segunda vuelta", recogida por nuestra nueva Carta Fundamental para las futuras elecciones presidenciales, se habría revelado insuficiente como medio de asegurar la derrota del marxismo. Pero sobre todo, estiman que habría quedado en evidencia la supuesta falacia de atribuir al desarrollo económico y social, un carácter de dique realmente eficaz para evitar una inclinación electoral mayoritaria hacia la ideología marxista.

El fascismo chileno asegura que la Quinta República francesa ya se ha desplomado definitivamente, y procura desprender de ahí los dividendos para su labor de zapa contra el esquema político-constitucional propuesto en su oportunidad por el Gobierno de Chile, y ratificado plebiscitariamente por una abrumadora mayoría popular.

El rechazo de ese grupo a cualquier evolución de nuestro país hacia una plena democracia, aun profundamente renovada como la que consagra la Constitución vigente, ha vuelto a aflorar a propósito del caso francés, haciendo inexplicable que sus porta-

voces políticos silenciaran tan graves reservas frente a la nueva Carta Fundamental, cuando apoyaron públicamente su ratificación plebiscitaria. Se ha demostrado así que sólo una necesidad táctica los movió a disimular su rechazo a la nueva Constitución, y fingir en cambio un respaldo decidido a un proyecto político en el cual jamás han creído.

Aun así, conviene hacerse cargo de las afirmaciones esgrimidas por los principales voceros del referido sector político.

Desde luego, la "segunda vuelta" electoral jamás se ha planteado como una vara mágica que garantice un determinado desenlace electoral. Su valor fundamental reside en exigir que el ciudadano elegido como Presidente de la República, cuente con el respaldo electoral explícito de una mayoría popular absoluta, impidiendo que el azar o una división emocional de fuerzas ideológicamente afines, genere el imprevisto ascenso al poder de un candidato minoritario.

De ahí se deriva, además, otro efecto favorable, cual es el de hacer más improbable el triunfo de un candidato que represente a alguno de los extremos políticos, favoreciendo en cambio que las fuerzas electorales se agrupen en torno a las alternativas más moderadas. Si se analiza objetivamente el cuadro electoral francés, se advertirá que ello efectivamente ocurrió, dentro de las diversas posibilidades existentes.

Con todo, conviene destacar que la nueva Constitución chilena no sitúa en ese mecanismo electoral, su verdadero obstáculo a un eventual intento futuro por transformar a nuestro país en un Estado marxista.

En efecto, las salvaguardias jurídicas más importantes para ello son otras dos.

Por un lado, se encuentra la norma constitucional del artículo octavo, que excluye de la vida cívica a las doctrinas totalitarias, violentistas o anárquicas, y priva del ejercicio de los principales derechos políticos a quienes el Tribunal Constitucional declare responsables de propagarlas.

De otra parte, reviste especial valor al efecto, el compromiso explícito que nuestra Constitución asume con principios económico-sociales, fundados tanto en el fortalecimiento jurídico de las libertades personales en la materia, como en la propiedad privada de los medios de producción y la libre iniciativa económica particular, dentro de un Estado subsidiario. Imponer en el futuro chileno un programa de estatización de la economía, semejante al de nuestra ex Unidad Popular, o incluso, al llamado "proyecto socialista" del partido de Mitterrand, exigiría una reforma constitucional previa, trámite que requeriría la coincidencia entre la voluntad presidencial y la de los tres quintos de los miembros en ejercicio de ambas Cámaras.

Ninguno de esos dos criterios están contemplados en la Constitución de la Quinta República francesa, y en su ausencia advertimos la principal fuente jurídica de una presunta vulnerabilidad del sistema establecido por ella.

Bien distinta sería hoy la realidad política francesa, si el Partido Comunista estuviese excluido de la ley, y si un eventual programa de estatización global de la economía fuese inconstitucional, reclamando una enmienda a la Carta Fundamental para ser implantado.

En cuanto al segundo argumento antes enunciado, parece útil precisar la naturaleza exacta del valor que los impulsores de la nueva institucionalidad chilena, asignan al desarrollo

económico, social y educacional, como base de una democracia sólida y estable.

Jamás nadie ha planteado que tal desarrollo, por alto que sea, constituya un factor suficiente de plena garantía de una estabilidad política y, más precisamente, democrática. Lo que los partidarios de la nueva institucionalidad hemos sostenido en Chile, es que ello constituye un requisito **necesario**, aunque **no suficiente** para ese objeto. Sin un grado significativo de desarrollo integral de una sociedad, la democracia será siempre frágil e inestable. Con semejante desarrollo, **podrá** ser estable, y la erosión antidemocrática se dificultará enormemente.

Pero a ese elemento deben añadirse, a lo menos, los siguientes, para complementar dicha estabilidad.

En primer término, resulta necesaria la extensión de aquellas libertades más importantes para que cada persona decida diaria y efectivamente su destino personal y familiar. Un pueblo acostumbrado a ejercer cotidianamente los distintos ámbitos de la libertad, convierte a cada persona en el más celoso guardián de ellas, y en un foco natural de resistencia frente a cualquier embate totalitario o colectivista.

Enseguida, a ello hay que agregar la necesidad de un consenso o acuerdo social básico, derivado de una común escala de valores morales que cimiente la convivencia civilizada. Sólo sobre ese consenso mínimo, la comunidad puede sustanciar sus discrepancias, sin destruirse en la anarquía o la guerra civil.

Tanto un suficiente desarrollo integral, como el afianzamiento de las diversas formas de libertad personal, contribuyen poderosamente a nutrir ese consenso, al hacer que los integrantes de



una sociedad compartan una **forma de vida** de signo libertario y de lo cual, además, obtengan beneficios culturales y materiales significativos. Ciertamente, lo anterior ayuda a que el sistema vigente sea defendido por la generalidad de los ciudadanos, ya que su destrucción es mirada por ellos con la aprensión de verse expuestos a perder logros reales y tangibles para todos. Pero aun así, el ser de una Nación se expresa siempre, además, en valores propiamente espirituales, cuyo resguardo y promoción aparecen también como esenciales para consolidar el mencionado acuerdo o consenso básico.

La concurrencia conjunta de los tres factores descritos, es decir, de un suficiente desarrollo integral, de un arraigo de las diversas expresiones de la libertad, y de un consenso básico de valores morales que la sociedad respete, configura el cuadro necesario para contar con una democracia sólida y estable. El resto quedará siempre entregado al talento y la virtud de los hombres, ya que ningún sistema será jamás inmune a los daños que el desacierto o la deshonestidad de sus actores, y especialmente de sus conductores, puedan generar, por favorable que fuere la realidad social en el plano de sus estructuras.

Como lo desarrolla uno de los artículos que nuestra revista publica en esta edición, resulta aún una incógnita los caracteres precisos que asumirá la "vía francesa al socialismo", impulsada por Mitterrand.

Desde luego, y a diferencia del caso chileno, ni el Partido Socialista ni el nuevo Presidente de la República franceses se declaran marxista-leninistas, como en cambio sí sucedía con el ex Partido Socialista chileno y con su líder Salvador Allende.

Y si bien el "proyecto socialista" fran-

cés reviste una marcada inclinación marxista, tal como se detalla en el aludido artículo de esta edición, hay antecedentes que no dejan claro si Mitterrand lo asumirá o no como programa de gobierno.

En todo caso, el socialismo francés no proclama pretensiones de ser irreversible, rasgo distintivo y esencial del marxismo. La continuidad de la alternancia política en la lucha democrática por el poder, jamás admitida por la Unidad Popular chilena después de su instalación en el Gobierno, no ha sido, en cambio, siquiera cuestionada por Mitterrand y su partido, ni durante la reciente campaña electoral ni después de su triunfo. "Socialismo" no significa para sus propulsores franceses —al menos hasta ahora— la "dictadura del proletariado".

La composición del nuevo Congreso —desconocida aún al escribirse estas líneas— puede quizás resultar determinante a este respecto. Sin embargo, aun cuando se registrara en él una mayoría socialista-comunista, hipótesis que parece posible, habría que considerar el antedicho factor de un Partido Socialista que dista de ser monolítico para una aventura de neto signo marxista. Al revés, si prevalece la actual mayoría legislativa, sería más fácil para Mitterrand el buscar apoyo entre gaullistas y giscardianos, justificando con ello una eventual moderación de sus planteamientos electorales.

No obstante, lo fundamental parece ser insistir en que aún en el evento de que Mitterrand se inclinase por la senda del marxismo, la aventura tropezaría con la reacción difícilmente franqueable de un alto nivel de desarrollo económico, social y educacional, que proporciona hoy a los franceses amplias opciones culturales y de bienestar material, que el carácter in-

dividualista del pueblo galo no cederá fácilmente. Además, se trata de una Nación que posee una profunda y homogénea vocación democrática mayoritaria.

Parece bastante inevitable que el Gobierno de Mitterrand acarree graves perjuicios para la economía francesa, y delicadas complicaciones para la política exterior del Occidente. Es aún más probable que Mitterrand asuma, además, una activa militancia izquierdista en lo internacional, que le sirva de pararrayos frente a su electorado, para facilitar una eventual moderación política interna. Las presuntas repercusiones negativas de esto úl-

timo para países como Chile, saltan a la vista.

Lo que resulta, en cambio, hartamente dudoso, es que el nuevo Gobierno francés se enfile por la ruta del marxismo. Y en caso de que así lo hiciera, pensamos que la realidad francesa lo derrotaría rápidamente, con un costo menor del que fue menester para ello en nuestra Patria.

La elección de Mitterrand dista mucho de ser el colapso definitivo de la democracia en Francia, país cuya estabilidad política tiene aún muchas reservas que ofrecer, aun cuando los adversarios chilenos del sistema democrático —sean marxistas o fascistas— deseen y sostengan lo contrario.

R